

Lola López Mondéjar

Cada noche, cada noche

 Siruela

Nuevos Tiempos

A mis lectores

... y sus sollozos en la noche —cada noche, cada noche—
no bien me fingía dormido.

Lolita, VLADIMIR NABOKOV

—Mejor no hubieras salido de tu tierra. ¿Qué viniste a
hacer aquí?

—Ya te lo dije en un principio. Vine a buscar a Pedro Pá-
ramo, que según parece fue mi padre. Me trajo la ilusión.

Pedro Páramo, JUAN RULFO

—¡Anímate un poco! —exclamaba mi tía—. ¡Mira los
arlequines!

—¿Qué arlequines? ¿Dónde están?

—Oh, en todas partes. A tu alrededor. Los árboles son
arlequines. Las palabras son arlequines, como las situa-
ciones y las sumas. Junta dos cosas (bromas, imágenes)
y tendrás un triple arlequín. ¡Vamos! ¡Juega! ¡Inventa la
realidad!

¡Mira los arlequines!, VLADIMIR NABOKOV

Nueva York, enero de 2009

La pareja baila «At Last» con una cadencia cómplice. Ella luce un vestido de noche blanco con flores sobrepuestas del mismo color, uno de sus hombros está descubierto. El hombre viste de esmoquin, con camisa y pajarita también blancas. Se mueven acompasadamente al ritmo de la música. Sensuales, giran en un escenario redondo e iluminado; a veces cierran los ojos, se rozan sus narices chatas. El mentón de la dama es prognato. Son altos, esbeltos, se sonríen. ¿Se desean?, ¿consigue la proximidad física estimular sus pituitarias y desencadenar en público la excitación?, ¿o solo fingen? Los asistentes a la gala gritan de entusiasmo cuando la mujer, sugerida por un movimiento de la mano del hombre, gira sobre sí misma dando una vuelta lenta y torpe.

Parece una escena íntima que, sin embargo, es observada por doscientos millones de espectadores durante los casi cuatro minutos que dura la canción. Cuando la música termina, vueltos hacia el público, ambos aplauden a la bella Beyoncé, la de clásicos muslos griegos.

El mundo es un cuento de hadas donde por fin triunfan los príncipes buenos. La realidad se parece a un sueño. Vestida de gala, la multitud que asiste a la ceremonia de investidura del primer presidente negro de la historia de Estados Unidos, llora de emoción. Por fin se hará justicia, se impondrá el bien, no habrá más guerras, «and life is like a song».

Papá adoraba esa canción de Etta James. Cuando sonaba por la radio subía el volumen y la tarareaba con su voz desafinada y seca.

Cumplí cincuenta y siete años hace un mes, y esta mañana he mantenido una entrevista con un inexpresivo médico judío que me ha confirmado lo que ya sospechábamos: tengo un cáncer de páncreas inoperable. Lo ha dicho sin parpadear. Y también sin parpadear he decidido que no me someteré al tratamiento paliativo que me encadenaría al hospital. Los últimos meses de mi vida voy a vivirlos sola, tal y como me apetezca hacerlo. Aunque todavía no sepa cómo.

Michelle y Obama se abrazan, satisfechos. Termina la función. El mundo es una representación incesante e insensata en la que interpreto el papel del condenado a muerte. ¿Están ustedes dispuestos a hacerle un sitio en la escena a la carne y al hueso?

El mundo se aleja de mí y es enorme. Y la soledad que experimento ante la muerte no es soledad común. En las horas finales nadie nos ahorrará nada, nadie dará consuelo a nuestra agonía ni a nuestro dolor. Nunca jamás; nunca, jamás —¿me oyen?— el cuerpo ha significado un límite como cuando la enfermedad hace acto de presencia. La piel es ahora espinosa alambrada, frontera inexpugnable. Afuera, lejos, están los otros. Dentro de mí crece la muerte, y no puedo hacer absolutamente nada para desprenderme de ella. No puedo coger mi páncreas, ese órgano estúpido que apenas conocía, y extirpármelo con las manos como en una truculenta película gore. Está dentro de mí, dentro de mí, su destino va unido al mío.

Unas semanas antes de que el inexpresivo médico judío —sus cabellos, adheridos al cráneo, añoraban la presencia de la kipá— me diese la noticia, todavía cabía la duda. La sospecha de un nuevo tumor establece la línea divisoria, la línea abismo: de un lado, la vida, la luz, el futuro; del otro, la oscuridad y la muerte. Unas semanas antes cabía la esperanza: si el tumor no fuese maligno, si solo fuese imaginación mía, una reminiscencia de mis células que se resisten a ser manipuladas y recuerdan, insisten en que no están como antes, como antes del primer tumor extirpado...; si todo se moviese dentro como la alegre protesta de un niño a quien le han quitado en el parque un ansiado juguete. Si fuese así, entonces la vida. Pero si el tumor es letal solo aguarda la espera, la tristeza, el cansancio anticipado y el fin.

Entre una orilla y otra no hay puentes ni transición, no hay medias tintas. Ninguna experiencia es así de radical e irreversible.

Ahora que voy a morir quiero disfrutar de mi tiempo hasta el último instante. ¿Qué más da morir unos meses antes, puestos en el borde mismo de la vida?, ¿a qué empeñarse? Aunque, más desagradable que la muerte son sus trámites: el secuestro de tus proyectos, la agenda hospitalaria, la miseria de la enfermedad. Nadie secuestrará la mía.

Observo allí abajo, entre la multitud que pasea por Times Square, a un niño de cinco años cogido de la mano de su madre. Afuera hace frío y los niños de cinco años se acercan al costado de sus padres para protegerse del viento húmedo que sube desde el río. Recuerdo cuando tenía su edad. Recuerdo un agujero instalado en el centro mismo de mi cuerpo, en algún lugar entre el esternón y el estómago, cuando papá me dejaba en casa de la señora Irving, la madre de Louise. Todo transcurría con normalidad hasta que de pronto, sin saber por qué, sentía una tristeza infinita y las lágrimas resbalaban saladas y gruesas por mis mejillas infantiles. La señora Irving se ponía nerviosa, ¡qué niña más ingrata!, ella era generosa conmigo y yo..., yo le respondía con miedo.

— ¿Qué te pasa, cariño?

Pero no sabía qué me pasaba.

— Quiero irme con papá.

Respondía lo único que podía responderle, lo único que podía intuir que me ocurría.

— Ahora no es posible, pero cuando tomes tu cena papá vendrá a por ti — me consolaba.

Yo insistía, hasta que la señora Irving me explicaba el ritual del tiempo. Ahora vendrá esto, luego lo otro, después lo de más allá. Entendía, pero no me reconfortaba. Recuerdo especialmente una tarde en la que ella, sobrecogida por su propia sagacidad, como si hubiese tenido una iluminación esclarecedora que explicase mi repentina tristeza, me preguntó dulcemente:

— ¿Es que crees que papá no va a venir a por ti, cariño?

Y supe que era precisamente eso lo que temía.

— Sí — le contesté agradecida.

La madre de Louise me abrazó.

Sin embargo, ahora lo sé, no era a papá a quien echaba de menos. El agujero no se debía a él, que siempre estuvo ahí; papá volvía a por mí todas las tardes, por lo que nunca experimenté su abandono. Ahora sé que ese agujero respondía a la ausencia de mi madre.

¿Qué olores percibí en su vientre que ya nunca he vuelto a encontrar?, ¿qué sensación inenarrable de pérdida marcó en mí su desaparición el mismo día en que se inauguraba mi vida?

Ahora sé que el agujero es ella. Sé que entre la presencia y la ausencia no hay mediadores para un niño, como no los hay entre la vida y la muerte.

Mi espectáculo comienza. Una representación sin final sorpresa; mal arranque para una historia. Claro que está García Márquez y su *Crónica...* pero yo no soy García Márquez, no cuento historias de realismo mágico. Yo cuento historias verdaderas. Voy a emplear mis últimos meses en contar una. La mía y la de algunas de las personas más importantes de mi vida. Aunque, a veces pasa, puede que nunca hayas conocido a las personas más importantes de tu vida. Eso fue lo que me sucedió a mí.

Empezaré por el principio. Mi madre se llamaba Dolores Haze, pero ustedes, de conocerla, seguro que la conocerán por Lolita.

Aunque nací mujer, soy el hijo que Lolita tuvo en la novela homónima, el niño que supuestamente murió en el parto, como sí que lo hizo ella al darme a luz. Pero en esto, ya lo ven, como en tantas otras cosas, el tío Humbert mentía.

Dolores Haze tuvo a su hija a los diecisiete años, en la Navidad de 1952, pero no nació muerta ni fue varón. Pesé cuatro kilos doscientos gramos, mucho, si se piensa que mamá era una mujer de baja estatura y de caderas estrechas. Fui una niña huérfana y sana, como también ella había sido. Crecí con el parco recuerdo de mi madre que mi padre, que apenas la conoció un par de años, me transmitió. Fui una niña huérfana, soy una mujer huérfana. Hay cosas en la vida que no pueden ser reparadas, agujeros a los que nunca llegará la luz. Pero ella es mi madre y quiero hacerle justicia.

En 1972, cuando contaba veinte años, el tío Humbert seguía vivo; su longevidad es mítica, vampírica, se nutre de nuestra credulidad. No murió de una trombosis coronaria en noviembre de 1952, apenas un par de meses después de matar a Quilty y poco antes de morir mamá, como quiere la novela. Otra mentira.

¿Nadie sospechó nunca de que fuesen tantas las muertes en *Lolita*? En un gesto soberbio de desprecio hacia la verosimilitud, un desprecio tan intrínseco en Humbert que ningún lector parece haberse dado cuenta, todos los testigos de su historia mueren pocos meses después de su participación en ella. Veamos.

Annabel Leigh, su primer amor, murió de tifus en Corfú, cuatro meses después de su encuentro con él.

A mi abuelo Harold lo entierran en Pisky a los cuarenta y tres años.

La abuela Charlotte muere atropellada a los treinta y cinco.

Quilty fue asesinado por Humbert.

Humbert muere a causa de una trombosis coronaria poco después de concluir su manuscrito.

Mamá murió durante el parto en Gray Star.

Se supone que yo morí al nacer.

¿Nadie lo observó antes? Porque aún hay más muertes. Las hay hasta para los personajes secundarios. Como ven, la novela está llena de muertes accidentales. No quedó ningún testigo.

Hasta el pobre Charlie Holmes, el chico con quien se supone que mamá perdió la inocencia en su primer campamento de verano, muere en la guerra de Corea.

La primera mujer de Humbert, Valeria, tras huir de él con su amante, muere también durante el parto en 1945, como mamá siete años después.

¿No creen que son demasiadas las mujeres que mueren en el momento de dar a luz, en una única novela? La imaginación del tío Humbert estaba poblada de interesantes y letales reiteraciones que van mucho más allá de la casualidad o la negligencia, impensables en él. El Humbert biógrafo no quiso dejar testigos de sus acciones, y su memoria es tan incierta como lo es la ficción.

El tío Humbert estaba vivo, insisto, pero yo aún no lo sabía. Cuando cumplí veintiséis años lo supe, fui a buscarlo, le conocí y, antes de morir, quiero dejar aquí testimonio de nuestro encuentro.